

DOI: <https://dx.doi.org/10.14482/esal.16.012.256>

CURRÍCULOS EN MOVIMIENTO: EL PAPEL DE LAS UNIVERSIDADES ARGENTINAS Y LATINOAMERICANAS EN UN MUNDO CAMBIANTE

Mónica Marquina

Profesora e investigadora en la Universidad Nacional de Tres de Febrero (NIFEDE/ CONICET). Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires

mmarquina@untref.edu.ar

Lara Victoria Braslavsky

Investigadora en formación, estudiante del Departamento de Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires

lara.braslavsky@uba.ar

Introducción

La educación superior vive un tiempo de cambios vertiginosos. Estudiantes que cruzan fronteras físicas y virtuales, profesiones que se transforman o desaparecen, nuevas formas de enseñar y aprender, y una diversidad creciente de actores que participan en la oferta y demanda de formación universitaria. En

este escenario dinámico, las universidades de América Latina —y en ese marco las argentinas— con su tradición centenaria y su misión formativa, se enfrentan al desafío de moverse sin perder su esencia, adaptando sus currículos para responder a realidades sociales, culturales y productivas cada vez más complejas.

En Argentina —y en algunos países de América Latina— llega un discurso global sobre la necesidad de generar [trayectos flexibles de formación](#), que busca ampliar el acceso, responder a una población estudiantil diversa y favorecer la pertinencia social y laboral de la formación. Estas propuestas habilitan en la región discusiones sobre la flexibilidad curricular, poniendo en tensión estructuras históricas de los sistemas universitarios y promoviendo transformaciones que involucran políticas públicas, marcos normativos, financiamiento y gestión académica. En definitiva, ¿cuánto de preservación y cuánto de cambio debe enfrentar la universidad latinoamericana?

Nuevos perfiles estudiantiles y tensiones curriculares

El cambio en la composición del estudiantado universitario es uno de los motores de esta agenda. Junto a jóvenes recién egresados del nivel medio, hoy conviven adultos que trabajan, estudiantes a tiempo parcial, migrantes, personas que retoman estudios tras años de interrupción y estudiantes internacionales. En Argentina, solo un tercio de los ingresantes en 2022 tenía menos de 20 años. Este mosaico de trayectorias exige repensar la enseñanza y el aprendizaje, pues las estructuras curriculares rígidas se ajustan poco a la heterogeneidad de perfiles y al dinamismo del mundo laboral.

Las carreras universitarias de larga duración —núcleo histórico de la formación superior— concentran gran parte de las tensiones. Su rigidez curricular, la organización secuencial de asignaturas y la débil integración entre disciplinas dificultan la personalización de trayectorias, limitan el desarrollo de competencias interdisciplinares y reducen la motivación estudiantil. Esto se acentúa en las carreras reguladas, que sin dudas constituyen el corazón de la universidad, donde la carga horaria y los requisitos de habilitación profesional restringen aún más la innovación.

Carreras largas y cortas: caminos, puentes y tensiones

En la región, las carreras de larga duración deben encontrar un equilibrio entre una formación de fundamento —clave para la formación del sujeto autónomo, la ciudadanía

nía y la adaptabilidad futura— y una vinculación con las demandas laborales del presente. La incorporación de espacios electivos u optativos, así como el reconocimiento de aprendizajes previos, puede ayudar a tender puentes hacia mayor flexibilidad.

Las carreras cortas, técnicas o profesionales, ofrecen oportunidades de inserción laboral rápida y pueden integrarse en trayectorias de aprendizaje a lo largo de la vida. En países como Colombia o Chile representan una proporción significativa de la matrícula, ampliando el acceso a sectores tradicionalmente excluidos. Sin embargo, [enfrentan problemas](#) de estigma social, débil articulación con la universidad y baja actualización curricular frente a cambios tecnológicos y productivos.

Es una deuda de nuestros sistemas poder articular carreras cortas y largas, estableciendo pasarelas que permitan a los egresados continuar estudios sin obstáculos innecesarios. La tarea no es fácil. Implica acuerdos institucionales, marcos nacionales de cualificaciones y mecanismos de reconocimiento de aprendizajes.

Cursos cortos y microcredenciales: del mercado disperso a ecosistemas articulados

En Argentina y la región, los cursos cortos para el trabajo han tenido una larga historia, marcada por la [fragmentación y la débil conexión](#) con el sistema educativo y el mercado laboral. A menudo, han proliferado ofertas de baja calidad que no garantizan empleabilidad sostenida.

En este contexto, las [microcredenciales emergen como un formato con potencial](#) para certificar conocimientos y competencias específicas, de corta duración, alineadas con necesidades del mercado y validadas por mecanismos de aseguramiento de la calidad. Su auge responde tanto a demandas de actualización profesional ([reskilling y upskilling](#)) como a la búsqueda de trayectorias personalizadas por parte de nuevas generaciones.

A nivel internacional, [cerca de mil universidades](#) participan ya en ecosistemas de microcredenciales, junto con empresas, sindicatos y gobiernos. Para América Latina, su desarrollo requiere marcos regulatorios claros, integración en marcos nacionales de cualificaciones y sistemas de almacenamiento digital que garanticen la trazabilidad y el reconocimiento de las credenciales.

Sistemas de créditos académicos: la llave para articular la flexibilidad

Para integrar trayectorias diversas —carreras largas y cortas, microcredenciales y aprendizajes previos— se necesitan herramientas de articulación. Los sistemas de créditos académicos, ampliamente consolidados en Estados Unidos y Europa, cumplen este papel al cuantificar el tiempo total de trabajo del estudiante y facilitar el reconocimiento de aprendizajes dentro y fuera de la institución.

En América Latina, experiencias como el [Proyecto Tuning](#) con el Crédito Académico Latinoamericano (CLAR) o el [Proyecto 6x4 UEALC](#) han buscado avanzar en esta dirección. En Argentina, el actual Sistema Argentino de Créditos Académicos Universitarios (SACAU) propone una unidad de referencia de entre 25 y 30 horas por crédito, incluyendo tanto clases como trabajo autónomo. Chile y Paraguay han ido en el mismo sentido, adaptando sus propios sistemas para cuantificar el tiempo total de trabajo del estudiante. Otros países de la región han elaborado sus propios sistemas, con sus variantes. No obstante, hasta ahora estos mecanismos han servido más para la organización interna de las ofertas académicas que para la articulación y la movilidad efectiva entre instituciones de los países y la región.

Sin dudas, la utilidad de un sistema de créditos depende de su aplicación en contextos curriculares abiertos y centrados en el estudiante. Si se limita a convertir horas de clase en unidades mediante procesos burocráticos, pierde su potencial de favorecer la movilidad y la personalización de trayectorias.

Condiciones para la flexibilidad del currículo universitario

Avanzar hacia trayectorias más flexibles en la educación superior de América Latina requiere atender a un conjunto de condiciones de carácter estructural, político e institucional. En primer lugar, la principal dificultad radica en la discontinuidad y superposición de políticas. En varios países de la región se han desarrollado experiencias interesantes, capaces de abrir caminos para el reconocimiento de trayectorias y la articulación entre distintos niveles y modalidades, pero muchas han sido interrumpidas o rediseñadas a partir de cambios de gobierno y reformas de los sistemas, perdiendo así continuidad y capacidad de consolidación.

A esto se suma la necesidad de contar con marcos regulatorios estables que no solo habiliten, sino que promuevan la integración de modalidades formativas diversas

y el reconocimiento efectivo de aprendizajes previos, formales y no formales. Sin reglas claras y consensuadas, la flexibilidad corre el riesgo de fragmentarse en iniciativas aisladas, dependientes de la voluntad de instituciones individuales o de coyunturas políticas específicas.

El financiamiento constituye otro requisito ineludible. Diseñar currículos más flexibles implica invertir en rediseño académico, capacitación docente, desarrollo de nuevas estrategias pedagógicas y creación de plataformas tecnológicas que permitan gestionar trayectorias personalizadas. Sin recursos adicionales, la flexibilidad puede quedar reducida a una declaración de principios.

Por último, no puede ignorarse la dimensión cultural y organizacional del cambio. Transformar estructuras curriculares arraigadas supone superar resistencias dentro de las universidades, especialmente desde sectores académicos que perciben la flexibilidad como una amenaza a una estructura disciplinar tradicional supuestamente virtuosa.

Del mismo modo, la desarticulación entre ministerios de educación, trabajo y producción, sumada a la falta de vínculos efectivos con el sector productivo, limita el potencial de la flexibilidad para mejorar la pertinencia y la empleabilidad de la formación universitaria. Superar estas tensiones exige estrategias integrales de orientación académica, coordinación interinstitucional y gestión más dinámica de los programas. Asimismo, implica una gran reflexión acerca del rol de la universidad en el mundo actual.

Conclusión: liderar el movimiento

El dilema actual de las universidades latinoamericanas es decidir si liderar la transformación hacia trayectorias formativas más flexibles o quedar relegadas frente a actores emergentes. La oportunidad está en articular tradición y cambio, preservando el valor formativo de las carreras de larga duración, fortaleciendo las carreras cortas y técnicas, integrando y validando microcredenciales de calidad y utilizando sistemas de créditos académicos como herramienta de conexión.

La universidad posee una capacidad única: puede ofrecer no solo conocimientos técnicos o disciplinares, sino competencias fundamentales para cualquier trabajo a lo largo de la vida, como el pensamiento crítico, la comunicación, la capacidad de

discernir información confiable o de resolver problemas complejos. Estas competencias, además, son clave para la vida en sociedad en el mundo actual. Esta es su función social primordial y su aporte principal a un nuevo ecosistema de educación superior.

Por ello, hoy la universidad necesita abrirse, dialogar con otros agentes formadores, reconocer trayectos, combinar saberes e integrar actores diversos, con un compromiso claro hacia la inclusión, la equidad y la pertinencia social de la educación superior.

La universidad tiene la capacidad —y la responsabilidad— de liderar esta transformación, pero su alcance será limitado si actúa de manera aislada. La idea de un ecosistema articulado, donde cada actor aporte desde sus fortalezas y se forjen alianzas sólidas, se presenta como una posible puerta para generar oportunidades reales de aprendizaje, empleo y participación ciudadana para todas las personas. En un mundo en constante movimiento, el único riesgo seguro es quedarse quieto.

También le puede interesar:

En este mismo número de [ESAL](#) (Número 16):

[Desafíos de la educación híbrida para la educación superior rural en Panamá](#)

En números anteriores

[Futuro do Trabalho e o Ensino Superior Brasileiro](#)

[Empleo y trabajo de graduados en Chile. ¿Qué sabemos y necesitamos saber?](#)

[Evaluación de competencias, valor agregado e identidad educativa en educación superior \(Méjico y Ecuador\)](#)